

gunos perros acudieron y se lanzaron resueltamente á la cabeza del jabalí, que trabó con ellos una lucha desesperada, pasando y repasando por encima de mí, sin que á pesar de todos mis esfuerzos pudiera levantarme. Por fin, pude coger á la fiera por una de las patas delanteras, hundiéndole repetidas veces mi cuchillo en el costado, con lo cual cayó y yo pude levantarme cubierto de sangre y lodo. Los otros cazadores, al verme tan lleno de sangre, creyeron que estaba herido, sin que yo por el pronto pudiera tranquilizarlos, porque, en verdad, no comprendía como había podido salir ileso de la refriega.

Reconocido el campo de batalla, recogimos seis jabatos, dos hembras, otros tantos machos, cuatro hienas, un chacal y algunos zorros.

Los jabalíes africanos son iguales á los de nuestros bosques, y sólo varían en cierto tinte general gris verdoso, perceptible sólo en los adultos.

Las hienas parecían unos perros grandes, de patas desiguales.

—En realidad, tienen las patas traseras del mismo tamaño que las delanteras—dijo Ducor.—Lo que las hace parecer más cortas es su grande elasticidad y el llevarlas casi siempre recogidas, por lo cual, de lejos parecen perros sentados.

—Efectivamente: la semejanza es notable, y cualquiera diría que son perros degenerados, ó como debían ser los perros en el estado salvaje.

—Hay, sin embargo, notables diferencias. Observa las patas que sólo tienen cuatro dedos armados de grandes uñas. Aunque el color de su pelo pardo-rojizo-negruzco en el hocico, en la cabeza y en las extremidades, es igual al de algunos perros, estas dos rayas negras que ves al lado del cuello, y la poca flexibilidad de éste, distinguen mucho á este animal del perro. Además, los instintos de las hienas son bajos y feroces, pero dominando en ellas la cobardía, hasta el punto de que estos animales, de los cuales algunos en Europa forman una idea muy exagerada, jamás atacan al hombre y huyen siempre ante los perros.

Más se parecen á los perros los chacales. Observa éste que tenemos delante, y verás la semejanza en su pelaje, color y tamaño, pues es más pequeño que los mastines de Europa. Mira los dientes y comprenderás que este animal es omnívoro y no carnívoro como pretenden algunos naturalistas.

—Así es la verdad,—dijo uno de los cazadores que nos estaba oyendo;—estos animales comen lo que encuentran y lo mismo devastan una huerta que destrazan un rebaño. Nuestros pastores llaman al león el

señor de la gran cabeza, y á los chacales, que son sus amigos, los de la gran boca, porque todo entra por ella.

—¿Son los chacales amigos de los leones?—pregunté.

—Siempre andan juntos á la manera del tiburón y el piloto. El chacal encuentra siempre abundante comida con lo que el león deja después de saciado su apetito.

—De suerte que no andarán lejos de aquí los leones.

—Aquí no los hay,—contestó el moro,—porque estos terrenos son muy frecuentados; pero más allá de Marruecos se encuentran en abundancia.

Al siguiente día tomamos el camino de las montañas, donde cazamos el puerco espín mientras volvían unos exploradores que en varias direcciones habíamos mandado para ver si encontraban madrigueras de gacelas.

Los exploradores regresaron aquella tarde con muy buenas noticias. A media jornada del sitio donde estábamos había dos cuevas que los pastores de las cercanías aseguraban estar habitadas por gacelas.

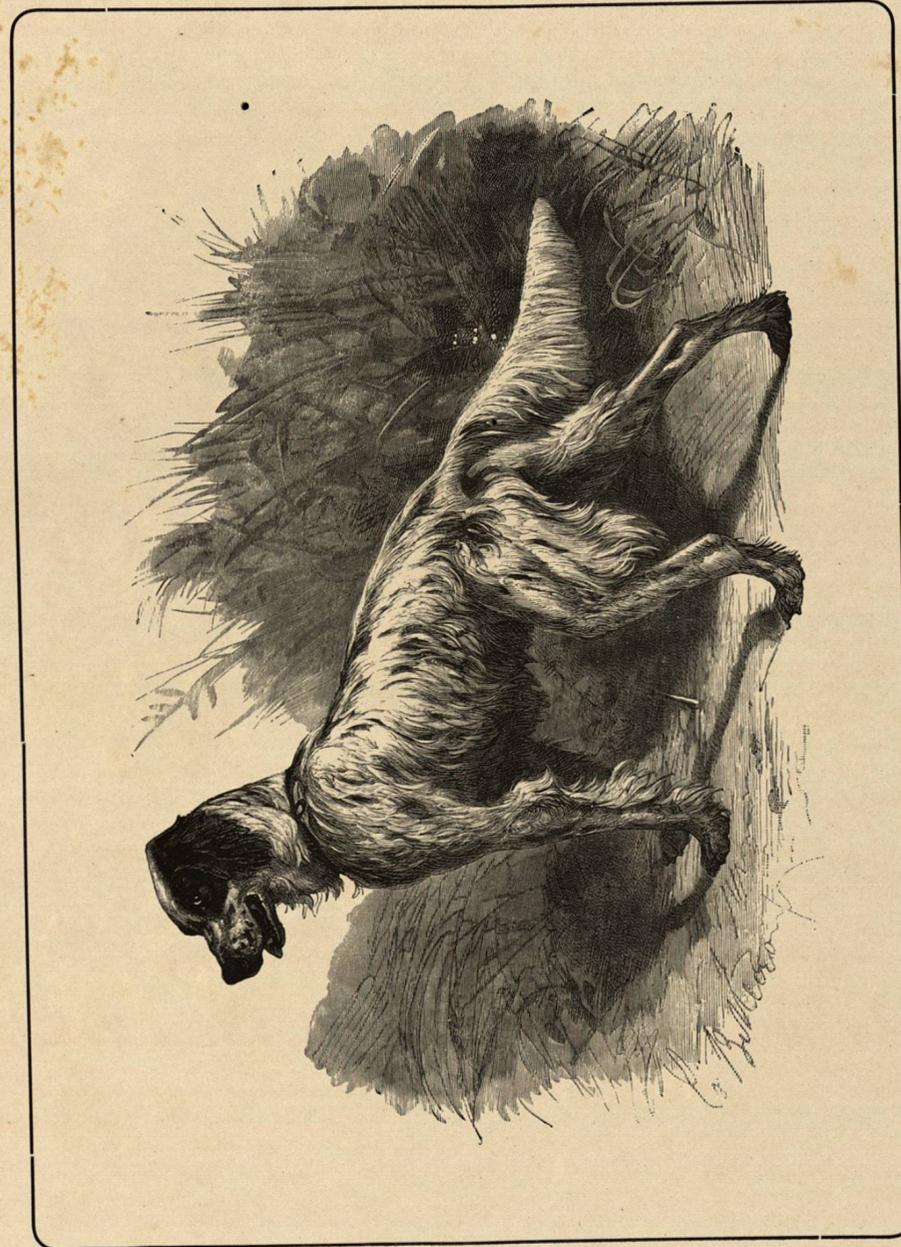
Así, pues, con objeto de sorprenderlas al salir de las cuevas, porque las gacelas duermen de noche y hacen de día sus excursiones, nos pusimos en marcha, y poco después del amanecer llegamos al pie de una gran peña. Un moro que se hallaba allí apostado nos aseguró haber visto salir la gacela, y por lo tanto soltamos los perros, que pronto dieron con su rastro, y empezamos á perseguirla en dirección al llano, que era á donde se dirigía la pista.

Ya habíamos andado largo trecho cuando saltó delante de los perros una cierva, y después un ciervo de los llamados de diez candiles, que parecía perseguirla. Los perros se precipitaron sobre la nueva presa que se les ofrecía: el bosque estaba lejos, y los ciervos cansados por la gran carrera que habían dado antes de encontrarnos. Sin embargo, quizá se nos hubieran escapado á no surgir un incidente extraño.

La hembra, fatigada, se tendió sobre la yerba, y el macho llegó á ella en dos saltos, pero llegó tarde. Ya estaba haciendo tiernas caricias á la hembra otro macho más afortunado.

Furioso el diez candiles al ver á su rival, se arrojó sobre él, trabando ambos una lucha desesperada, á la cual pusieron término nuestras balas echando por tierra á los contendientes.

La hembra, por su parte, al oír los disparos se levantó ligera y desapareció, sin que pudiéramos darle alcance.



JOKE LAVERACK SETTER

Aquel día tuvimos que renunciar á las gacelas, porque estábamos muy cansados para perseguir á animales tan ligeros y medrosos que siempre procuran estar en sitios descubiertos para poder ver á largas distancias si alguien se acerca y evitar toda sorpresa. Pero al día siguiente, renovados los reconocimientos del terreno, adquirimos la certeza de que habitaban en las peñas que nos habían indicado, no dos, sino un rebaño de gacelas. En su consecuencia nos emboscamos cerca de las guaridas, cada uno con dos perros. Varios moros con tambores y bocinas fueron á apostarse al otro lado de un riachuelo, en cuyas orillas se habían visto numerosas huellas de gacela.

Cerca de las doce se acercó á beber el lindo rebaño;

los ojeadores salieron tocando los tambores y bocinas y formando un ancho semicírculo; de suerte que los tímidos animales corrían en tropel hacia el sitio donde nosotros estábamos emboscados. Cuando estuvieron cerca, sin notar nuestra presencia, soltamos los perros y corrimos tras ellos para evitar que despedazasen á las gacelas. Sabido es que no se coge este animal por su carne, que es desagradable, sino como objeto de lujo, para admirar su bella postura y sus hermosos ojos, que los poetas árabes comparan á los de las huríes que les promete Mahoma. Este objeto se obtiene sólo cogiendo á la gacela viva; pues, como son fáciles de domesticar, forman el principal adorno en los jardines de los moros ricos.



¡Alarma!

Pero, por deprisa que acudimos, ya los perros habían estrangulado tres gacelas. Otras cuatro de las que cogimos murieron pocos días después, de resultas de las mordeduras de los perros. El resto de las cautivas, que eran diez se repartieron entre los cazadores, que quedaron muy contentos con su presa.

Las que pudieron escapar lo hicieron en todas direcciones con la ligereza del relámpago. Su carrera es una sucesión de largos saltos, y participa más del vuelo del pájaro que de la corrida del cuadrúpedo, no habiendo animal que pueda ganarle en velocidad.

La gacela es del tamaño de un galgo, de cuyas elegantes formas participa, aun cuando se nota en ella más ligereza y esbeltez. Su cabeza es pequeña, su hocico fino, sus ojos grandes, rasgados, dulces, brillantes y densamente negros; los cuernos oscuros y formando lira, y el pelo corto, fino, leonado y blanquecino por el vientre y parte interior de las patas.

Contentos por el resultado de nuestra cacería y por la cordial hospitalidad del caid, salimos de la *casbá*, pocos días después, acompañados por diez soldados, cuyo jefe tenía orden de llevarnos á Marruecos y de-

jarnos en casa del hermano de su señor, para el cual llevaba una carta.

Nada nuevo ocurrió en el viaje. Por la noche acampábamos en los duares que encontrábamos al paso, ó bien en las *casbás*, siendo en todas partes muy bien recibidos, gracias á la poderosa influencia que ejercía nuestro huésped.

Al cuarto día entramos en la capital del imperio.

—Aquí tienes,—me dijo Ducor,—la ciudad del interior más antigua que se conoce.

—¿No es árabe?

—Lo es ahora que todos los edificios se han renovado, pero aquí estaba situada la antigua Boconun Hemerum.

—¿Se sabe de seguro?—pregunté.

—No me atreveré á asegurarlo, porque contra la autoridad de nuestros literatos tenemos la de Rudh-el-Kartas, que es el mejor historiador del imperio. Este atribuye su fundación á Jusef-ben-Tachfin el año 454 de la Egrira.

—Naturalmente, atribuirá á esta ciudad un origen milagroso, como á Fez.

—Nada de eso: todo es muy natural y sencillo, y por lo mismo me inclino á creer que sea verdad.

Cuenta que Jusef se estableció bajo una tienda y construyó una mezquita y una *casbá* para guardar sus tesoros y armas. Para ello dió el ejemplo, concurriendo el primer día vestido pobremente y trabajando en los cimientos de la mezquita como un simple albañil.

—De suerte que la opinión de nuestros sabios respecto á Boconum Hemerum resulta falsa.

—O por lo menos se han equivocado de sitio, pues no lejos de aquí existen, según me han dicho algunos moros de Marruecos, las ruínas de una ciudad que

ellos llaman *Marruecos la Vieja*, pero que bien puede ser la antigua Boconun.

Entretenidos en estas pláticas atravesamos la hermosa llanura cubierta de palmeras que rodea á la ciudad, y entramos en sus estrechas y tortuosas calles echando pie á tierra en casa del caid de ciento, el cual, después de leer la carta que para él traían los soldados, nos recibió con los brazos abiertos, como correspondía á los salvadores y amigos de su hermano. ⁽¹⁾

(1) *Las cacerías en Marruecos*, por J. Álvarez Pérez, pág. 44.



CAPITULO XVI

CAZA DEL JABALÍ EN LA ANTIGÜEDAD

I



Un papel muy importante desempeñaron antiguamente las redes en la caza del jabalí, y Xenofonte recomendaba no salir á expedición alguna venatoria sin ir provisto de *arkys*, de lazos y de cuerdas. Los *arkys* eran las redes tejidas con lino del Faso ó de Cartago,

filamento tan fino como sólido y resistente. También se servían los antiguos cazadores de la *tela* para cercar á las reses, dispuesta de la misma manera que en nuestros días.

«Cuando el crudo invierno,—dice Horacio,—viene con su acompañamiento obligado de nieves y de lluvias, el cazador, auxiliado por su jauría, aprisiona en las *telas* al furioso jabalí.»

Virgilio, por su parte, al describir este género de cacerías, dijo también: «Mientras que los jinetes corren por todos lados y rodean los bosques con la *tela* etc.»

Es indudable, por consiguiente, que entonces se usaban espesas redes y telas para rodear, no sólo el recinto de determinadas familias de jabalíes, sino grandes extensiones de bosques para hacer más vasto y más divertido el campo de las correrías. De trecho en trecho, á buena distancia, aprovechando los sitios más claros ó despejados de vegetación, colocábanse espanta-

jos horribles, llenos de plumas de pájaros pintados con vivos y abigarrados colores. Oppiano insiste mucho en que se consulte siempre la dirección del viento para colocar á los cazadores, porque el animal, prevenido por el olor, huye del lado opuesto al en que presiente el ataque ó adivina el peligro.

De la misma manera que se practicaba para los ciervos, se tendían igualmente lazos para los jabalíes. Los cazadores, ocultos por completo y sin hacer el ruido más insignificante, acechaban el momento en que la bestia caía en la trampa; entonces, desatrabillaban á los perros, y la escena adquiría ese imponente carácter que reviste cuando el jabalí, abrumado por sus numerosos enemigos, se resuelve á hacerles frente y á vender cara su vida, hasta que una lanzada certera echaba por el suelo la arrogancia del arisco solitario de los montes.

Tratemos ahora de la caza, teniendo á Xenofonte por autoridad y por guía en nuestro sucinto relato.

Llegados al paraje en donde presumían que se había guarecido el jabalí, conducían los cazadores á los perros, atrallados, por supuesto, y con sumas precauciones para que no alborotasen con sus ladridos y movimientos. Un perro de Laconia era el único que iba suelto para buscar la pista, y al que los hombres seguían en todas sus vueltas y revueltas; hombres, como